

Dado en San Luis Potosí, en el Palacio de Nuestra Residencia, junto á la Catedral, el día de San Felipe de Jesús, 5 de Febrero de 1904.

✠ IGNACIO,
Obispo de San Luis Potosí.

HOMILÍA

PRONUNCIADA

EN LA CATEDRAL, EL XXXIII ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACIÓN,

12 DE MARZO DE 1904, XIII CENTENARIO

DE SAN GREGORIO MAGNO.

002575



Non recedet memoria eius; et nomen eius requiretur a generatione in generationem.

No se perderá su memoria; y su nombre se repetirá de generación en generación.

ECCLI. XXXIX, 13.

SAN Gregorio Magno es una figura tan colosal en la historia de los siglos, que no bastarían cien volúmenes para narrar debidamente sus glorias. La sola enumeración de sus virtudes como Santo, de sus actos como Pontífice, de sus escritos como Doctor, llenaría un largo panegírico, sin que sobrase tiempo para fijarse en la huella luminosa que ha dejado en las edades que han transcurrido hasta nuestros días. Teniendo que referirme á una y otra, en este aniversario secular decimotercio del glorioso tránsito del gran Pontífice, mi tarea se vuelve fácil por razón de su misma dificultad, pues quiera ó no quiera, me veo obligado á reducir mi homilía á una serie de anécdotas y de observaciones, sin arte y quizá sin conexión; sin pormenores ni colorido; pero que basten á daros una

idea del Papa del siglo VII, viviente aún al empezar el XX. Así el escultor forma á toda prisa de húmedo barro, el modelo de la estatua que más tarde pulirá el cincel, y desde luego reconoce el espectador en la figura casi informe del conquistador, del héroe, del sabio que se está retratando, las facciones y la actitud del personaje que no ha olvidado. Así espero que reconoceréis sin trabajo, en mi rudo esbozo, los lineamentos del Santo Papa, cuya memoria no se ha borrado en tantos siglos, *non recedet memoria eius*, y cuyo nombre es familiar aun en estas remotas regiones, y en esta generación que se gloria de despreciar las mayores grandezas, *nomen eius requiretur a generatione in generationem*.



I

En el siglo de Augusto, y refiriéndose á los tiempos heroicos en que los reyes se consideraban no sólo divinidades, sino hijos de los dioses, ponía Ovidio en los labios de Ulises estas palabras, que no desdeñaría el demócrata más refinado de la época actual.

*«Nam genus et proavos, et quae non fecimus ipsi
Vix ea nostra voco.»*

En efecto, apenas podemos apellidar obras nuestras y atribuirnos la gloria de nuestra estirpe, de nuestros antepasados, de hazañas que no ha consumado nuestro propio brazo. Y sin embargo, hay ciertos blasones de que se gloriaría el socialista más misántropo. Tal fué la nobleza de Gregorio el Grande. Por el lado paterno descende en línea recta de la familia del Papa San Félix II. Su madre es la simpática Santa Silvia, y también veneramos en los altares á sus dos tías, Tarsila y Emiliana. Su padre es el opulento Gordiano, que goza en Roma del rango de Senador, importante en todos tiempos, pero más ahora, que los Emperadores se han retirado á Bizancio, y no hacen sombra á la dig-

nidad senatorial. Al nacer Gregorio, reina todavía Justiniano, y acaba de bajar al sepulcro el gran patriarca de los Monjes de Occidente, San Benito. Pocos años más tarde, imperando Justino el menor, logra Gordiano elevar á su joven vástago á la misma dignidad de senador de que él goza, y hacerle nombrar, en la flor de los años, Pretor de Roma. ¿Se limitaba á esto sólo la ambición del noble padre? ¿No soñaba con algún trono para su hijo? Empezaban ya á nacer, ó por lo menos á vislumbrarse en el horizonte, nuevas monarquías nacidas del Imperio antes poderoso, pero que ahora no retenía sino con hilo bien tenue sus inmensas posesiones. Gobernaba la Italia un Virrey, llamado exarca y residente en Ravena. La segunda dignidad era el Gobernador ó Prefecto de Roma; la tercera, el Pretor, ó supremo magistrado. No estaba, pues, muy distante Gregorio de ceñir una corona, como la que tenían ya varios guerreros Longobardos y Godos.

Pero no eran estas sus aspiraciones. Apenas muere su padre y se retira á un claustro su santa madre, cuando se deshace de sus vastísimas posesiones en Sicilia, y funda con ellas nada menos que seis monasterios en aquella Isla. Y notad que *fundar* no significa, como ahora creen muchos, ceder un terreno ó prestar una casa á una familia religiosa. Comprende la construcción del edificio y la cesión de haciendas cuyos productos sostengan á los miembros presentes y futuros de la Comunidad. Todo esto hizo Gregorio; y á poco tiempo convirtió su propio palacio del Monte Celio en Monas-

terio, le dió por Abad al insigne Valenti6n, y 6l mismo visti6 la cogulla, poni6ndose bajo la f6rula del austero var6n.

Hay personajes que no pueden permanecer en la obscuridad. Mientras m6s esfuerzos hacen por ocultarse, m6s resaltan sus virtudes, sus talentos, su ciencia. Tal tenía que suceder al ex-pretor de Roma, convertido en monje de San Andr6s, título que di6 á su monasterio del Monte Celio. El Papa Pelagio II, lo cre6 cardenal diácono de la Iglesia Romana, y luego lo envi6 á Constantinopla, como apocrisario, ó nuncio, seg6n lo llamaríamos ahora, cerca del Emperador Tiberio. Aun no era el Sumo Pontífice soberano temporal; pero los peligros que corría Italia, casi abandonada por los Emperadores, y amenazada por los bárbaros, le habían dado una influencia y un poder tan grandes, que aun en lo civil se equiparaba ya en cierto modo á los Césares. Así es que Gregorio va á la Corte, con una misi6n m6s que religiosa, militar. Se trata de pedir al Emperador Tiberio, y luego á su sucesor Mauricio, un ej6rcito con que resistir á los Longobardos. ¡Imposible! No es ya el Imperio lo que era antes, y en vano trabaja cinco años el Legado Pontificio. Misi6n muy parecida lleva San Leandro, enviado por San Hermenegildo para solicitar auxilios de armas y de tropas contra los Arrianos de España. Fracasa igualmente; pero los dos piadosos varones se ligan entre sí con santa amistad, que persevera largos años despu6s que ambos han partido de la Metr6poli de Oriente.

Tuvo siempre la Corte de Constantinopla merecida

fama de corrompida y disoluta. ¿Qué cosa más fácil para el joven apocrisario que dejarse llevar de la corriente, y acomodarse á las costumbres del palacio imperial que lo albergaba? Nada menos que eso. En su recinto mismo estableció pequeño monasterio, y cultivó la piedad y las letras. Allí fué donde á instancias de San Leandro compuso sus comentarios sobre el libro de Job, que después de trece siglos forman todavía nuestro consuelo y nuestras delicias.

Menos trabajo me cuesta creer que en su lecho de muerte haya dictado Tomás de Aquino sus Comentarios al Cantar de los Cantares, ó que Cervantes haya concebido en una prisión el ameno Quijote, que imaginarme á un Nuncio de la Santa Sede escribiendo sus *Morales* sobre Job bajo las doradas bóvedas del Alcázar de Bizancio. Antes de subir á esta cátedra, he recorrido de nuevo el profundísimo libro, y una vez y otra lo he abierto al principio, y en el medio, y en el fin, buscando una frase que deje sospechar el teatro en que fueron trazados sus eruditos capítulos. Todo en vano. A no saber su historia, lo declararía elucubración de algún Jerónimo, sepultado en la gruta de Belén.

Mayores fueron todavía sus triunfos diplomáticos. Gobernaba la Iglesia Constantinopolitana el Patriarca Eutiquio, hombre austero, sabio y de vida ejemplar, pero que profesaba errores trascendentales sobre el dogma de la resurrección de la carne. No es que la negase, como le han achacado algunos. Pero enseñaba que los cuerpos resucitados no serán palpables.

¿Qué vas á hacer, oh Gregorio, para refutar semejantes errores? ¿Vas á engolfarte en esas argumentaciones sofisticas é interminables, que deleitan á los Orientales? ¿Vas á fulminar contra el Patriarca de la nueva Roma los rayos de la Roma verdadera, y á obligar al Emperador á que lo deponga de su sede, y lo sumerja en obscura mazmorra, ó lo lance al destierro y al olvido? Todo lo contrario. La persuasión y la dulzura lo desarmar, lo convierten, lo convencen á tal grado, que en su lecho de muerte, tomando entre los dedos su descarnada piel, pronuncia estas palabras que aún resuenan en nuestros oídos como himno de alabanza á Gregorio y á la diplomacia pontificia: *creo y confieso que con esta mismísima carne hemos todos de resucitar.*

¡Cuán cambiada encuentra Gregorio su Italia, su Roma y su monasterio, cuando vuelve, después de un lustro de ausencia, á encerrarse, ya con el cargo de Abad, en la querida clausura! Mucho se ha padecido con las incursiones de los Longobardos; mucho hace sufrir una terrible inundación causada por el Tíber; y una peste asoladora, consecuencia de la última, pone el colmo á tanto destrozo. Una de sus víctimas es nada menos que el Pontífice Pelagio; y el voto unánime del Clero, del Senado y del pueblo de Roma designa á Gregorio como su sucesor. Falta sólo la confirmación del Emperador, que procura con todas sus fuerzas impedir el renuente candidato; pero llega, al fin, y aunque pretende todavía substraerse con la fuga, es electo y consagrado Gregorio, Pontífice Máximo.

II

Cuando un Príncipe, espiritual ó temporal, además del cayado ó el cetro ha recibido del Señor el dón de manejar la pluma, en sus libros es donde hemos de buscar la historia de su vida. No es preciso que narre sus propias hazañas, como Julio César, ó dicte sus memorias, como Napoleón en Santa Helena. El instinto ineludible que tiene todo autor de retratarse en sus escritos, hace que en ellos se reflejen su alma y su vida como en límpido espejo, y casi nos ahorra el trabajo de abrir otros volúmenes.

Así es que en la *Regula Pastoralis* de Gregorio Magno, encontramos en principio los anales de su pontificado. La escribió principalmente con el objeto de vindicarse por haber procurado evitar su elección. No se le escondía que el mundo juzga poco favorablemente de los que se substraen á las grandes responsabilidades; y si en esos momentos lo agració el Señor con el dón de profecía, debió ver á su sucesor Celestino V, colocado, sí, por la Iglesia en los altares; pero poco estimado por la historia, y relegado por la poesía (personificada en Dante) nada menos que á los infiernos.

Consiguió no sólo su objeto, sino que dejó consignados los principios que en el fuero externo guiaron su propio pontificado y deben servir de norma á todo Pontífice. Trazó igualmente reglas admirables para todo director de almas; de suerte que si San Ildefonso lo comparó á Cipriano por la elocuencia, á Antonio por la santidad, á Agustín por la sabiduría, creo no equivocarme al parangonarlo á un Alfonso de Ligorio como moralista.

Si hojamos los catorce libros de sus epístolas, veremos que sus actos correspondieron á sus principios. Cómo confunde la arrogancia del Patriarca de Constantinopla, que usurpa el título de Obispo universal con sólo apellidarse á sí propio *Servus servorum Dei*, título tan humilde como verdadero, que han conservado hasta el día de hoy sus augustos sucesores. Con qué benignidad trata, por ejemplo, al Obispo de Salona, á pesar de sus bien conocidas faltas, tomando en consideración las circunstancias atenuantes. Qué rigor, por el contrario, despliega contra el de Aquileya, sin que valgan empeños ni influencias.

Hay entre todas las epístolas una altamente notable, porque pinta á la perfección el carácter del Pontífice como administrador, atendiendo personalmente al conjunto de los negocios de la Iglesia universal, y á los más insignificantes pormenores al mismo tiempo, cual si fuese todavía simple Abad de sus monjes de San Andrés. Está dirigida á Agustín, Obispo en la *Sajonia Transmarina*, como llama á Inglaterra. Conocida es la